

Esbozo general del pensamiento de Orlando Fals Borda

General outline of Orlando Fals Borda's thought

Damián Pachón Soto¹ 

¹ Profesor Titular, Universidad Industrial de Santander, Colombia. Profesor Visitante Asociado del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kobe, Japón. Correo: dpachons@uis.edu.co

Recibido: 10 de mayo de 2024 - **Aceptado:** 28 de julio de 2024
ISSN 2027-5528



Resumen

El propósito de este artículo es presentar la propuesta sociológica de Orlando Fals Borda, su metodología, su apuesta por el socialismo raizal y su concepto de orden social. Estos asuntos son centrales en la obra de Fals, toda vez que se entretienen para derivar en una sistemática reflexión teórica en la que se operativizan los conceptos, se descubre el papel político de la ciencia y social, y se revela su apuesta por la utopía.

Palabras Clave: Orlando Fals Borda, Socialismo Raizal, Utopía, Investigación-Acción Participativa, Praxis

Abstract

The purpose of this article is to present Orlando Fals Borda's sociological proposal, his methodology, his commitment to root socialism and his concept of social order. These issues are central to Fals' work, since they are interwoven to derive in a systematic theoretical reflection in which concepts are operationalized, the political role of science and social science is discovered, and his commitment to utopia is revealed.

Keywords: Orlando Fals Borda, raizal socialism, utopia, Participatory Action Research, praxis

Cómo citar: Pachón-Soto, D. (2024). Esbozo general del pensamiento de Orlando Fals Borda. Cambios y Permanencias, 15 (2), pp. 77-90. DOI: <https://doi.org/10.18273/cyp.v15n2-202407>

Introducción

En el año 2025 se conmemora en Colombia y en América Latina el nacimiento de uno de sus intelectuales y científicos sociales más relevantes del siglo XX, el sociólogo Orlando Fals Borda. Su obra dejó una huella en el pensamiento crítico de la región y su metodología (elaborada al lado de muchos otros) la Investigación, Acción, Participativa (IAP) es utilizada por investigadores de todo tipo, especialmente, por aquellos que trabajan con comunidades y ponen el saber al servicio de la transformación social

En este artículo presento de manera general su sociología, especialmente, su concepto de orden social, al igual que su metodología y su apuesta utópica del socialismo raizal. Estos tres temas están profundamente entrelazados en su obra, son conexos, y forman una red conceptual sistemática donde se aúna la reflexión teórica, la operativización de los conceptos, el papel político de la ciencia social y la apuesta por la utopía, esa racionalidad aun no presente en el tiempo histórico pero que alumbra la praxis social y política.

Los inicios y la sociología auténtica

En 1978 se publicó el texto de Fals Borda titulado *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla*. Este título ilustra bien las preocupaciones que acuciaron al sociólogo barranquillero toda su vida y la inescindible relación que planteó entre ciencia y política. En efecto, ya en su trabajo temprano en la vereda de Saucío, municipio de Chocontá, Cundinamarca, Fals se sumerge en la vida del campesino, describiendo, al estilo de la etnografía, su concepción del mundo, la forma de vida, su *ethos*, y de ahí saldrán sus libros *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucío* de 1955 (publicado por la Universidad Nacional en 1961) y su tesis doctoral en Sociología *El hombre y la tierra en Boyacá: bases socio-históricas para una reforma agraria* de 1957. En estos estudios de sociología rural, bajo la égida de un positivismo que superaría más adelante, influidos por su profesor T. Lynn Smith, ya encontramos varios aspectos importantes de la futura obra del sociólogo: el trabajo de campo coadyuvado por documentos históricos, archivos de baúl, estudio de cronistas, etc., la introducción de cambios controlados en la realidad que se estudia y, como lo muestra su libro de 1957, un *para qué* del conocimiento, en este caso, la preocupación por el problema de la tierra en Colombia y su necesaria transformación, tema que lo ocupó durante gran parte de su carrera y que quedó plasmado también en *Historia de la cuestión agraria en Colombia* de 1975, libro en el cual- entre otras cosas de relevancia- zanja un clásico malentendido al establecer las diferencias entre el feudalismo clásico europeo, el español de los siglos XIV y XVI y el feudalismo señorial americano (Fals Borda, 1982, pp. 39-40).

Estas tempranas preocupaciones se reflejan en su texto *La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia* (2010a) de 1959, donde explícitamente hace alusión a que él ha venido utilizando el método de “experimentación por participación desde 1952”, y donde se ocupa del tipo de cambios que se presentan en una sociedad, ya sea *inmanente* (de acuerdo a las “posibilidades intrínsecas del grupo social” o por “variaciones naturales o biofísicas”) o ya sea por *contacto*. Éste, a su vez, puede ser *selectivo* donde se adoptan ideas y rasgos externos asumidos espontáneamente por el grupo, así como *dirigido* donde se persigue la modificación de una situación local. Este tipo de cambio puede ser autónomo, impuesto o inducido, “violento o pacífico”. En este ensayo, que no separa cambio social y cultural, se ocupa de la *dirección* del cambio y de la *resistencia* al mismo (inercia cultural) especialmente por el peso de la *tradicición*, las creencias, en fin, la persistencia de formas culturales. A estos temas volverá el autor en su libro *La subversión en Colombia. Visión del cambio social en la historia* de 1967.

En estos estudios impera una visión desarrollista, reformista y modernizadora de la sociología, influida por las políticas norteamericanas en el hemisferio, como la Alianza para el Progreso de Kennedy y aún después el informe Rockefeller, así como una visión *estructural-funcionalista* que hacía énfasis en conceptos como equilibrio, “orden, adaptación, ingeniería social gradual” (Jaramillo Jiménez, 2010, pp. 24-25). Tiempo después, Fals (2010b) dirá críticamente que al funcionalismo le interesaba promover un

“estado atemporal de equilibrio y armonía” (p. 218). En esta etapa, el investigador se guiaba por criterios como los de *objetividad que suponía, a pesar de la inmersión en la comunidad, la relación sujeto-objeto, la neutralidad valorativa* y desechara la presencia de la *ideología* y la *política* en las ciencias. Pero esta orientación investigativa cambiará en la década siguiente.

En el año 2007 Fals dice retrospectivamente: “La IAP en Colombia tuvo una partera demoniaca: la Violencia política ancestral que llegó a su clímax con el ‘bogotazo’ de 1948” (2010a, p. 364). En efecto, ya en 1962, en el *Prólogo* al fundamental *La violencia en Colombia*, escrito con Monseñor Germán Guzmán y Eduardo Umaña Luna, libro que funda los estudios sobre la violentología en nuestro país, así como el primer estudio serio, crítico y sistemático sobre ese perdurable fenómeno de nuestra historia nacional, el sociólogo colombiano ponía de presente la forma como la sociología superaba esa otrora disciplina meramente teórica, conceptual, que se reducía a “absorber, repetir y digerir la ciencia sociológica como se contiene en innumerables libros y en las enseñanzas de grandes maestros” y se convertía, mejor, en una disciplina que aplicaba y modificaba *a la colombiana* conceptos y técnicas de otros países y, a la vez, encaraba y manejaba “situaciones y problemas sociológicos peculiares del medio colombiano, *aún a costa de rasgar velos, tocar áreas prohibidas y desafiar la ira de intereses creados*” (Fals, 2010a, p. 47). Aquí encontramos dos aspectos interesantes: la superación de una sociología especulativa, por llamarla así, al estilo López de Mesa, y una mayor politización de la investigación y los resultados de la investigación sociológica. Era lo que corroboraba en 1964 el texto *La ciencia y el diálogo* del sacerdote Camilo Torres, pues allí no sólo criticaba esa sociología normativa, especulativa, sino que llamaba a que la verdad podía ser construida por el campesino, el militar, el sacerdote, el abogado, en fin, “todo ciudadano”, etc. En estricto sentido, aquí, en el compañero de ruta de Fals Borda, se estaba planteando también la investigación participativa e interdisciplinar, así como la necesidad de superar la ciencia positiva y de unir lo normativo con lo positivo, incluyendo la política, por eso decía Torres (2002): “científicos de todas las ideologías uníos” (p. 172).

Es en estos años cuando la tendencia positivista en el pensamiento de Fals Borda es revaluada: la influencia de la Revolución cubana de 1959, en especial, en los medios académicos, estudiantiles, las guerrillas, más el auge de las ciencias sociales críticas en el continente y en Colombia, la eclosión de los movimientos sociales, el contexto internacional, etc., llevan a un cambio fundamental de perspectiva: la clara politización de la investigación que terminará con la postulación de una ciencia propia, la adopción de la utopía socialista como quinto orden a partir del análisis del devenir histórico colombiano realizado en el libro *La subversión en Colombia* de 1967. Todo esto inaugura la segunda etapa en el pensamiento del intelectual colombiano (Rojas, 2010; Cruz Rodríguez, 2012).

La operativización de los conceptos: cambio social, subversión y utopía.

Para 1967 Fals ya ha superado plenamente su etapa positivista y estructural-funcionalista, sin que tal superación implique “rechazar de plano” el sesgo funcionalista, pues éste “puede ser útil en el análisis de aspectos o sectores relativamente estables de las sociedades humanas” (pp. 12, 13). Con todo, lo que interesa aquí es el conflicto, la crisis, el desequilibrio social, los cambios estructurales, el *ritmo social* de la historia¹. Es un libro fruto de la preocupación por “el futuro de Colombia”, dedicado a Camilo Torres, donde todo el aparataje conceptual, bastante creativo y dialógico por demás, está encaminado a “entender mejor la naturaleza de los procesos de cambio social en la historia de Colombia” (p. 240), no con la pretensión del saber por el saber, no como meta en sí mismo, “sino para proyectar hacia el futuro una sociedad superior a la que se tiene”, por eso en el libro el fin del científico “lleva en sí cierta tendencia a buscar salidas, a señalar alternativas, y hasta a hacer admoniciones y llamadas a la acción”, así la aplicación del método “pued[a] atraer las iras de aquellos grupos cuyos intereses se ven afectados por el estudio del cambio social, al quedar visibles los mecanismos que han venido usando, consciente e inconscientemente, para imponerse de manera señorial y autocrática al resto de la población” (pp. 11-13). Es decir, aquí ya estamos bajo la presencia de una sociología comprometida, riachuelo que desembocará en su elaborada IAP en los años 70s.

¹ Ya en *La violencia en Colombia* de 1962 el aspecto del conflicto era fundamental.

El libro realiza un rescate y una *transfiguración* del concepto de *subversión*. La *subversión* no significa “una amenaza para la sociedad”, no se refiere al subversivo ni a los rebeldes con su connotación moral peyorativa, tampoco significa ser antisocial. La subversión en Fals tiene, al menos, tres sentidos. El primero, el acto positivo, emancipador, que transforma el orden social dado en uno nuevo, como cuando se dice: los movimientos sociales subvirtieron el orden; el segundo, indica el *periodo* que va entre un orden establecido y el nuevo orden o topía (el concepto es de Landauer) que se quiere alcanzar; y, por último, se refiere como lo explica el propio Fals- a “aquella condición que refleja las *incongruencias* internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un periodo histórico determinado, a la luz de nuevas metas valoradas que una sociedad quiera alcanzar” (p. 242).

En estas definiciones hay varios aspectos que resaltar. En primer lugar, que la subversión no es moralmente mala. Todo lo contrario, la subversión tiene un componente moral que se legitima ya sea por los elementos regresivos y antihumanos que se quieren superar, ya sea por las metas humanistas- por decirlo así- que se quieren alcanzar. Por eso el subversor no sólo destruye lo que cree incongruente, sino que quiere reconstruir dentro de nuevas pautas morales, por eso no es un criminal común” (p. 28). En segundo lugar, las incongruencias internas del orden social se *determinan* y se encuentran gracias a la investigación, esto es, gracias a la ciencia social comprometida. Es la ciencia social la que las hace patentes, las desvela. En tercer lugar, una vez expuestas las incongruencias, contradicciones, tensiones, desequilibrios, etc., del orden social, el análisis de esa *condición*- la subversión- debe posibilitar el paso entre una “forma de vida y otra”, es decir, debe alumbrar la manera de producir un cambio social. En cuarto lugar, es la utopía la que proporciona la *dirección* de la subversión (Rojas, 2010, p. XXIX) y, en últimas, es ella la que permite decir que la subversión también es un *concepto teleológico*, finalista, pues pone las metas del cambio, las ideologías, etc., de la transformación de un orden social A en un orden social B deseado, de una topía a otra. Detengámonos un poco aquí y hagamos algunas aclaraciones.

Para Fals Borda toda sociedad es *dinámica* y el cambio social es inmanente a la misma, y lo es por el solo hecho de existir, de ser evidente, de saltar a la vista. Desde luego, el cambio social no es algo dictado de antemano (historia bajo pedido o determinismo según Norberto Bobbio) por la lógica histórica, no es una legalidad trascendente que dirige el devenir social al estilo de la realización de la libertad en la filosofía de Hegel; es un cambio social humano demasiado humano para decirlo con Nietzsche, donde el hombre, los movimientos sociales, la clase popular, etc., son los protagonistas. Este *orden social* o, lo que es lo mismo, *una forma de vida histórica*, está formado por 4 componentes. Los *valores* que son “creencias y concepciones generales, y juicios existenciales y cognitivos y afectivos de las gentes, que tiene las consecuencias más saturantes y profundas en el orden social”, también tienen que ver con “*metas y principios*” que definen la legitimidad de la acción. El segundo componente son las *normas* o reglas de conducta de una sociedad, derivadas de los valores, las costumbres, el orden jurídico, etc. El tercero es la *organización social* compuesta por grupos, instituciones y el aparato político que busca subordinación, mando y obediencia. Estos tres componentes no tienen una jerarquía en el *cambio social*, pues lo pueden originar *multicausal* o *multidireccionalmente*. Esto a diferencia del cuarto componente: el *técnico*, necesario para transformar el medio en el cual se vive, el cual sí es acumulativo y unidireccional y presenta cierta *autonomía* (Fals Borda, 1967). *Lo importante del concepto de orden social y de sus componentes, es que son éstos los que permiten medir las incongruencias de aquél*, es decir, el orden social está en crisis o, mejor, se torna subversivo cuando los *valores, las normas, las instituciones, el aparato político*, etc., no funcionan, no dan respuesta a las necesidades del hombre. Y esa anormalidad es medible gracias, como ya se dijo, a las metas, la utopía, las ideologías. Es aquí cuando se debe atizar el cambio social.

El análisis del *cambio social* debe tener en cuenta que “las sociedades humanas experimentan ritmos que van de una relativa estabilidad a un periodo de una intensa mutación, para advenir a otra etapa de relativa estabilidad” (p. 19). Esto quiere decir que todo orden social presenta *desequilibrios*, es decir, que nunca hay un orden social armónico totalmente y, por lo mismo, que el *conflicto* siempre está presente. De ahí que la utopía no se realiza de manera absoluta, sino que el orden que emerge después del orden superado es una *realización parcial* de la misma (utopía relativa), pero que sin embargo, deja rastros y sedimentos de lo *no realizado* de ella. Es eso lo que permite revivirla y así proseguir teléticamente en la búsqueda de

una mejor realidad. Ahora, en ese proceso de superación de un orden social determinado es necesario tener en cuenta *los componentes de la subversión*². Estos componentes son, en realidad, contra-componentes del orden social. También son 4: los *antivalores* opuestos a los valores tradicionales del status quo. Estos pueden surgir dentro o fuera de la sociedad, así como ser producidos por el pueblo mismo. Su legitimidad moral está dada no por el orden tradicional, sino por el orden social emergente. Asimismo, el segundo componente de la subversión son las *contranormas*, las cuales son pautas de conducta cuya sanción es negativa por el orden vigente, sea por la tradición, las costumbres o la ley. El tercer componente de la subversión son los *disórrganos*, esto es, “el conjunto de grupos innovadores, instituciones desafiantes del orden y status roles emergentes que sostienen una actividad heterodoxa, rebelde o iconoclasta, con el fin de producir, difundir o imponer antivalores y contranormas” (p. 267).

Los disórrganos son, por ejemplo, prácticas nuevas o *contrarias a las vigentes*, instituciones económicas alternativas, nuevos valores o pautas, que chocan con las tradicionales. Aquí es importante el concepto de “Grupo de referencia”, el cual es definido como “aquél grupo externo cuya influencia sirve para determinar la conducta, las evaluaciones y las actitudes de una persona” (p. 264), en fin, que se convierten en focos y horizontes y actúan como referencia para los subvertores o rebeldes utopistas. Estos grupos de referencia, junto con la antiélite (intelectuales, militares, universitarios, políticos, *críticos* provenientes de los grupos dominantes) son creadores de valores y contranormas. El último componente de la subversión se refiere al *tecnológico*. Aquí lo que importa es la innovación técnica, la cual puede afectar los otros componentes del orden social, pero esta afectación puede ser positiva a la descomposición del orden o, también, puede ser regresiva y de hecho ayudar a mantener el orden vigente. Para Fals Borda, por ejemplo, es claro que “la tecnología puede producir avance económico sin inducir el desarrollo social” (p. 263), tal como lo podemos comprobar hoy fácilmente.

Hay que decir que en el libro *La subversión en Colombia*, Fals interpreta la historia nacional y ya da vías para la construcción de una realidad propia, de un orden social o forma de vida histórica creada por los propios colombianos, por eso no identifica llanamente la subversión con la modernización o el desarrollo, los cuales dependen de topías y realidades específicas, aquí no opera el etapismo propio de algunos intelectuales de la época que se dejaron llevar por el desarrollismo y por la visión lineal de la historia leída especialmente desde el marxismo. Tampoco asimila la subversión con el concepto de revolución, pues ésta última puede ser tan sólo una parte de la primera, sin que implique necesariamente la transfiguración cualitativa del orden.

Respecto del concepto de utopía, que Fals toma de Karl Mannheim, es preciso recordar aquí que en 1992 el colombiano dijo: “Mi formación como sociólogo positivista en los años 50 me impidió entender las utopías como algo digno de consideración académica. Había una versión predominante de verlas como aventuras imaginativas [...] como desligadas de la realidad: literatura barata pero interesante, decían mis maestros, de la que poco se puede deducir para el ordenamiento de la sociedad” (Fals Borda, 2010b, p. 217). Pues bien, ya en 1967, tras los “tórridos años 60”, Fals ya sabía con Joan Manuel Serrat que “Sin utopías la vida sería un ensayo para la muerte”. Él entendía que las *metas valoradas* que una sociedad quería alcanzar permiten medir un orden social, entendía que la utopía puede ser contra-hegemónica y posibilita confrontar los valores dominantes y así determinar por qué ese orden es incongruente. Por eso Fals inició un camino bastante fructífero observando las revoluciones inconclusas en América Latina y radicalizando su politización de la ciencia social hasta construir en los años 70 (si bien lo siguió haciendo hasta el final de su vida) el concepto de IAP. A esclarecer un poco esta segunda etapa de su pensamiento dedicaré las líneas que siguen.

La Investigación- Acción –Participativa (IAP) y la ciencia propia.

En el artículo *Las revoluciones inconclusas en la América Latina* (2010a) Fals había hecho un dictamen para explicar las frustraciones históricas dadas en el continente. Una de ellas se refería a “factores negativos de grupo y personalidad”. Pues bien, en ese ensayo, aparece ya la fuerte crítica al *colonialismo intelectual*, a la xenofilia que padecían los intelectuales latinoamericanos (incluyendo el profesorado y los estudiantes) y

² En esta exposición he tenido en cuenta los Apéndices de la edición de 1967, suprimidos en la edición del año 2008.

a la fácil captación de los profesionales y los líderes por parte del sistema. Allí denunció la imitación de las escuelas de Europa y Estados Unidos, sin formar escuelas propias que “además de mantenerse al día con los avances universales, estimulen la creación independiente”. Agregaba, además, que: “Las universidades latinoamericanas no han puesto las bases de una secuencia tecnológica previa [...] Los intelectuales y la élite universitaria en general han fracasado en suministrar una ideología y una técnica apropiadas para el desarrollo latinoamericano” (pp. 116-117).

Son estos problemas los que lo llevan a hacer énfasis en la *ciencia propia*, que como él mismo lo reconoció, había sido Camilo Torres quien desde 1961 había planteado el problema. En efecto, en un escrito titulado *El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana*, el sacerdote revolucionario, que según Fals era precursor de la teología de la liberación tanto en su práctica como en su teoría (Fals, 2002), había planteado ya el problema del *colonialismo cultural*, había criticado el hecho de que las escuelas sociológicas norteamericanas y europeas tuvieran “coristas” entre nosotros y no verdaderos críticos; había denunciado el *parasitismo científico*, se había referido a la *fría objetividad científica*, había puesto de presente el *afán de popularidad* de los sociólogos y, por último, había recalcado la necesidad de una *auténtica sociología latinoamericana* que se ocupara de los problemas y las situaciones típicas de nuestra región, lo cual era necesario pues vivíamos en un espacio geográfico diferente, con estructuras sociales diferentes, para las cuales no servía aplicar el *nominalismo* conceptual de las escuelas sociológicas foráneas: había que trabajar con nuestra propia realidad (Torres, 2002). Es notoria, pues, la influencia de Camilo Torres sobre Orlando Fals Borda.

Son estos problemas los que el sociólogo colombiano trabajará en el año de 1970 cuando publica *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1971). Si la ciencia es universal, ¿a qué se refería la expresión ciencia propia? Esta denominación ya es radical, pero fundamentada. En otro lado he escrito sobre este libro (Pachón, 2011. Supresiones fuera del texto original):

Era un libro marcado por el ambiente revolucionario de la época, pero no era un pasquín, era una propuesta seria cuyo principal objetivo fue fundar una sociología propia que diera cuenta de las problemáticas latinoamericanas, que ayudara a entender las estructuras de poder y que ilustrara sobre la forma como era posible el cambio de las estructuras de dominación existentes [...]

En América los sociólogos venían con metodologías foráneas, tenían en mente determinados objetos de investigación, tenían intereses muy específicos. Entonces, frente a este panorama, Fals Borda propuso reformar la disciplina, enfrentar los problemas latinoamericanos e intentar darles solución sin el tutelaje y las imposiciones de la sociología venida de los centros del poder mundial de la época. La sociología propuesta era un “ciencia rebelde”, una “ciencia guerrillera” al servicio de la liberación [...] Así las cosas, la “ciencia propia” de Fals Borda era una “sociología latinoamericana”, “auténtica”, encargada de estudiar nuestra realidad y comprometida con la emancipación y la cancelación de la dominación. En ese mismo sentido, se explica la parte del título: “...y colonialismo intelectual”, pues el colombiano era consciente que éste provenía de *la imitación y la asunción llana y acrítica de la sociología extranjera*, [lo cual] limitaba la capacidad creativa del investigador, lo mismo que su ingenio para enfrentarse a realidades distintas a las del Primer Mundo bipolar.

Fals Borda llamó a reformar la universidad y cuestionar sus métodos: izó la bandera del uso político de las ciencias sociales y llamó la atención sobre la aplicación de modelos extraños a las sociedades latinoamericanas: “los trasplantes conceptuales de una cultura a otra, a diferencia de los trasplantes de órganos en el cuerpo humano, no han recibido toda la atención que merecen” (1971, p. 97). Todo esto con una clara conciencia de nuestro colonialismo intelectual: “Se es respetado por lo que se es, *no por lo que se imita; por el aporte propio, que crea un nicho en la ciencia o en el arte mundial* (p. 136).

En el mismo año, 1970, Fals Borda publicó uno de sus opúsculos más decisivos: *El problema de la autonomía científica y cultural en Colombia*. En él se refirió a la necesidad de una “cultura propia”, a la existencia de dos culturas en el país, una *elitista* y una *popular*. Esa cultura elitista era extranjerizante e imponía “*grupos de referencia*” foráneos, lo cual reducía las posibilidades de *un desarrollo científico y técnico autónomo*, y convertía a los profesores latinoamericanos en “peones intelectuales”. Lo interesante

de este ensayo es que plantea también la defensa de la “cultura popular”, sus aportes valiosos, su autonomía y su creatividad; una cultura que “*constituye una reserva cultural y técnica de primer orden*” (p. 610). De ahí saldría el concepto de “ciencia popular”, una ciencia humilde enraizada en los problemas de la comunidad. El ensayo es una defensa del saber popular, como sus técnicas agrarias, sus aportes a la cultura occidental, por ejemplo, la herbología; así como una exaltación de nuestros científicos locales *creativos*, que realizaron aportes a la ciencia universal, como Francisco José de Caldas, o que aportaron en las ciencias sociales, entre ellos, Alejandro López, Nieto Arteta, Luis López de Mesa, Antonio García, Mario Arrubla, entre otros. Fals Borda postuló aquí la necesidad de unir saber popular con ciencia, la necesidad de la interdisciplinariedad, de formar “grupos de referencia” latinoamericanos; la necesidad de que la ciencia revele los mecanismos de explotación y dominación tanto a nivel nacional como internacional y, por último, el reto de la “formación de un intelectual comprometido con el esfuerzo autonomista revolucionario, que produzca ciencia y cultura como natural emanación de su conciencia social y no como simple asalariado” (p. 625). Aquí, pues, la sociología ya es “ciencia guerrillera” (expresión que tomó del libro *Ciencia política y cientifismo* del argentino Oscar Varsavsky) y, en estricto sentido, ya están puestas parte de las bases de la IAP.

¿Cómo se consolidó, entonces, la IAP? Un hecho decisivo fue la inmersión de Fals y la participación como investigador de apoyo en la toma de tierras de los campesinos (de la ANUC, Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) de la Costa, en Córdoba, Colombia. Se fundó La Rosca (un grupo de intelectuales activistas) para la *investigación militante*, se trabajó de codo a codo con los campesinos, se sumergió en las organizaciones populares, se hizo educación popular con folletos para los analfabetos, obras culturales, se rescataron los héroes locales que habían luchado por la tierra contra los terratenientes, se creó conciencia histórica, etc. De esa experiencia salió una de las obras magna de la sociología de Fals, en 4 tomos, *Historia doble de la Costa*. Fue en esa inmersión, en esas luchas, en la educación popular, en el estudio, la participación, la intervención, etc., como se pusieron y pulieron las bases epistemológicas de la IAP.

Para Fals consolidar epistémicamente la IAP implicó varios problemas: en primer lugar, había que redefinir la relación teoría-práctica. La praxis fue concebida como “la combinación dialéctica de la teoría y la práctica, en la que la práctica es determinante”. La práctica reflexiva (*frónesis aristotélica*) al llevarse a medios específicos aporta y produce un mayor conocimiento que sirve para transformar la realidad, de tal manera que ese conocimiento se torna *autoconciencia para los grupos de base*. Ahora, la transformación que busca teléticamente el investigador, no “es una transformación cualquiera: es aquella que satisfaga los intereses de los grupos explotados por el capital, las víctimas del desarrollo burgués liberal conservador” (Fals Borda, 2010a, p. 176), en pocas palabras, de las minorías, los movimientos sociales, los subalternos, los descalzos (Max-Neef), los desposeídos, desplazados o, lo que es lo mismo, la unión de pensamiento y acción debe favorecer los *sujetos* que conforman lo que Jorge Eliecer Gaitán llamó “el país nacional”. En segundo lugar, la concepción de una *sociología de la liberación* (de donde Dussel sacó su Filosofía de la liberación según me comentó en una entrevista), de una ciencia *interdisciplinar* comprometida, implicó *superar la supuesta neutralidad valorativa* que había expuesto Weber (2001) y el correlativo concepto de *objetividad*. En efecto, para Fals las ciencias no estaban libres de valores, “no eran neutrales, entonces las explicaciones ofrecidas por ellas no podían ser sino relativas, enraizadas en la cultura y en la temporalidad: debían ser explicaciones construidas por los científicos sociales con el inevitable reflejo de sus propios valores, preferencias, fobias, y actitudes ante la vida y sus problemas” (Fals Borda, 2010b, p. 218). Así, la objetividad era una construcción social, hecha por una comunidad científica.

Un tercer problema epistémico relevante fue la necesidad de superar el dualismo sujeto-objeto, típico del positivismo, y reemplazarlo por la relación sujeto-sujeto. Aquí había que reconocer que el sujeto no está por fuera del mundo de la vida y, que más bien, el conocimiento se construye entre sujetos, empáticos, reconocidos mutuamente, humildes. Dice Fals Borda (2010a): “quisimos considerarlos a ambos como personas vinculadas entre sí por sentimientos, normas y actitudes, con opiniones y experiencias diversas, que podían ser tenidas en cuenta en los proyectos, de manera conjunta. Para resolver esta tensión [la de sujeto-objeto, D.P] y llegar a una relación de sujeto a sujeto que fuera horizontal o simétrica, era imperativo que los individuos respetaran y apreciaran las contribuciones de los otros” (pp. 362-363). Esta relación entre

sujetos está relacionada con la necesidad de unir “conocimiento académico más conocimiento popular”, lo cual implicaba por parte de los investigadores practicar la modestia, “el forcejeo contra la arrogancia y el imperialismo académico” (Fals Borda, 2010a, p. 355), así como expresarse de forma sencilla y comprensible para los grupos de base con los cuales se construía, *de tú a tú*, conocimiento.

Hay que recordar aquí que en 1981 Fals escribió un texto fundamental titulado *La ciencia y el pueblo: nuevas investigaciones sobre la Investigación- Acción*. Allí sostuvo: “Por ciencia popular- folclor, saber o sabiduría popular- se entiende el conocimiento empírico práctico, del sentido común, que ha sido posesión cultural e ideológica ancestral, de las gentes de las bases sociales, aquél que la ha permitido crear, trabajar e interpretar predominantemente con los recursos directos que la naturaleza ofrece al hombre” (Fals Borda, 2010a, p. 182). Esta postura, que ya había sido expresada en 1970, refleja la profunda influencia que en estos años tuvo para Fals la obra de Antonio Gramsci. En especial, la sentencia del filósofo italiano según la cual “todos los hombres son filósofos” y de que hay un saber valioso en el folclor, el sentido común, en la concepción del mundo, etc., de la clase popular, que se debe articular.

En Gramsci, como es sabido, se plantea la relación entre el intelectual orgánico y las masas, una relación de retroalimentación, de unión del saber de los de arriba con los de abajo (Gramsci, 1967). Pues bien, es esa misma relación la que se plantea entre el investigador y los grupos de base, donde el primero tiene que entender la racionalidad de ese saber popular y darle a la clase popular la *devolución sistemática*, esto es, una visión enriquecida de su conocimiento, articulado y clarificado con sencillez y sin dogmatismos. Sin dar por terminada la relación, pues es necesario también el *reflujo a los intelectuales orgánicos*, esto es, que se necesita una retroalimentación desde las bases hacia el investigador (Fals Borda, 2010a). Este proceso es continuo, crece en *espiral y simétricamente*, y hace que el conocimiento vaya de la “acción a la reflexión y de la reflexión a la acción” sucesivamente. Es así como se articula lo concreto a lo general, la región al país, la formación social al modo de producción y viceversa.

Un cuarto problema epistémico- tal vez el más decisivo- que tuvo que zanjar Fals fue el de la *validación del conocimiento*. Es relevante porque es el status mismo del conocimiento científico el que está en tela de juicio. Para ello es necesario tener en cuenta que el concepto de verdad no es absoluto, dado de una vez por todas, terminado, sino que “se da desde una posición de poder que formaliza o justifica el conocimiento aceptable. Y esta aceptación va condicionada a visiones concretas de la sociedad política y su desarrollo (p. 183). Es decir, como Foucault, Fals se dio cuenta que: “la verdad no está fuera del poder ni sin poder” (Foucault, 2008, p. 154), pero incluso, yendo más allá del filósofo francés, también se percató de la relación verdad, poder y geopolítica, tal como lo venían exponiendo en la misma época los estudios subalternos y postcoloniales (cf. Dube, 1999).

Teniendo claro el concepto de *verdad*, y concibiendo el conocimiento como un proceso inacabado, permanente; sabiendo que

no es neutro, aunque vaya acumulándose a nivel universal” y que el conocimiento popular sólo requiere “articulación teórica para entender su dimensión estructural y utilizar su valor práctico. En estos casos, como antes, *la validez del conocimiento adquirido se juzga no sólo por la referencia al acervo universal de conceptos y teorías ya demostrados, sino también por el desarrollo concreto de la práctica relacionada con este conocimiento* (p. 177. Resaltados fuera del texto).

Es decir, la validación del conocimiento lo da la misma práctica y el compromiso.

Un quinto aspecto epistemológico tiene que ver con la *prevalencia de lo cualitativo sobre lo cuantitativo* en la investigación, a diferencia del positivismo chato actual. No se trata de desechar lo cuantitativo, las estadísticas, las cifras, etc., sino que, como decía Theodor Adorno (1970): “relacionar las encuestas cuantitativas empíricas con análisis de las instituciones sociales objetivas”, con marcos de referencia, teorías, ideas, etc., lo cual es necesario pues “Ningún investigador en ciencias sociales dotado del más mínimo sentido común podrá pronunciarse en contra de la investigación empírica” (p. 563). Es claro,

pues, que Fals Borda enmarcó las informaciones cuantitativas dentro de marcos interpretativos, teorías, sin desconocer que tales informaciones o estadísticas “puedan ser necesarias en la descripción y explicación de los resultados de trabajo”, tal como lo sintetizó en el segundo Simposio Mundial de Cartagena de 1997, donde se trataron- entre otros temas- los problemas metodológicos de la IAP (Fals Borda, 1998).

Por último, para terminar esta parte, no está demás decir que con la IAP, que se construyó colectivamente, con cientos de investigaciones en el Tercer Mundo, en Estados Unidos, Canadá, Europa, etc., se daba respuesta al *por qué, al cómo y al para quién* de las investigaciones. Así, a pesar de que los sociólogos no fueran reyes filósofos, se contribuía a transformar radicalmente la sociedad y a construir una nueva, ya que la “especificidad de la investigación- acción” está “en el plano teleológico”, sin olvidar que

La metodología IAP es integrante, es decir, no es solamente un método de investigación, ni solamente una forma de llegar a los grupos de base, a los adultos, ni tampoco solamente una forma de acción política. Es una combinación de estas tres formas de procedimiento (Fals Borda, 2010a, pp. 206-207).

Por eso permite unir razón y sentimiento y construir una “sociología sentipensante” para América Latina (Moncayo, 2009, pp. 8-18).

El socialismo raizal como utopía

En *La subversión en Colombia* (1967) Fals había hablado de un método de investigación telético, *proyectivo* o *anticipante* con el cual se podía vislumbrar los posibles desajustes de las instituciones existentes en un orden futuro a partir de metas valoradas. Pues bien, aquí no sólo se habla de un método para determinar *las incongruencias del orden social*, sino que aparece claramente la utopía (“metas valoradas”). Como ya se vio, la utopía es fundamental para el cambio social, pues, entre otras cosas, le da *dirección* a la subversión. De ahí que la ciencia, al permitir la inclusión de las valoraciones, permite también la inclusión de las utopías. *Esta es la manera como desde la ciencia, desde los iniciales problemas epistemológicos que se le presentaron a Fals se llega a la utopía del Socialismo raizal. Por eso, en estricto sentido, no hay utopía socialista sin ciencia propia, sin IAP* (cf. Jaramillo Salgado, 2010). Por otro lado, esa utopía socialista es la respuesta al problema ontológico por lo que somos, esto es, por la identidad.

El Socialismo raizal

Para Fals Borda, el socialismo era una *ideología alternativa* de cambio social que servía para modificar las *estructuras incongruentes* del actual orden social, servía para que “sobreviva la civilización y el mundo como tal”. Por eso lo definió como un socialismo

a lo autóctono, tomando en cuenta el contexto ecológico y social del trópico y subtrópico de los países iberoamericanos, siguiendo a algunos pioneros como Mariátegui en el Perú y los Fundadores Revolucionarios de la República Maya de Yucatán en México. Ellos acudieron a raíces vernáculas para justificar un socialismo autóctono, libertario y humanista que han incluido no sólo las fuentes aborígenes, sino también sus sucesivas mezclas con las negritudes de palenques libres, con comunidades campesinas independientes y con el desarrollo americano de instituciones del fuero antiseñorial provenientes de Iberia. La interacción de estos elementos produce nuestra idiosincrasia, con la especial cultura y personalidad que gozamos como pueblo (Fals, 2003).

El de Fals es, pues, un socialismo “contextual, ecológico y humanista” (p. 12) o un parasocialismo o ecosocialismo como también lo llamó. Al respecto hay varias cosas que anotar. El Socialismo no es sólo una alternativa al capitalismo, sino que en el marco del análisis de la historia de Colombia y del cambio social que hace Fals, se presenta también como un *quinto orden social*. Un orden nuevo que supere- conservando los aspectos emancipadores de los anteriores- los cuatro órdenes sociales precedentes: el aylico o precolombino, el señorial o de castas que se impone paulatinamente a partir de 1492, el orden “señorial-burgués” que rige hasta 1925 que “representa la síntesis entre el orden señorial anterior y los elementos de compulsión de

los grupos claves burgueses que asimilan parcialmente la subversión liberal” (Fals Borda, 1967, p. 249) y el “orden social burgués” surgido del Frente Nacional en 1957. De ahí que el quinto orden se anuncie en los años 60s con hombres como Camilo Torres, Gerardo Molina y Antonio García. Sin embargo, no hay que olvidar, que la transformación de un orden social en otro (siempre tomando el marco conceptual del desequilibrio social), de una topia a otra o, lo que es lo mismo, cada subversión, es también una “subversión moral”, de ahí que hayan existido tres en la historia de Colombia: la subversión moral cristiana, la liberal inspirada en la Ilustración y que emerge en el siglo XVIII y la socialista que aparece alrededor de 1904 cuyas consecuencias se sienten hacia 1925. De ahí que la cuarta subversión moral (no confundir con orden social) sea la neosocialista, la que se anuncia con el Socialismo raizal.

En segundo lugar, el socialismo raizal bebe de la experiencia histórica, aprende y recoge de ella lo positivo, así como de las utopías socialistas del siglo XX ya fracasadas. La historia es maestra del cambio, podríamos decir. Por eso reivindica las experiencias dadas en el mundo (Fals Borda, 2010b), pero especialmente las habidas en Colombia: el movimiento comunero-indígena de 1781, el golpe de Estado que las sociedades democráticas- donde se organizaron los artesanos- y el General José María Melo dan contra la “oligarquía liberal-conservadora” en 1854 en lucha contra el librecambismo a la vez que protegían la naciente ‘economía nacional’; el socialismo surgido en los años 20 del siglo pasado con la Fundación del Partido Socialista y luego el Comunista en 1930. De este periodo de revolución inconclusa, apagada con el fuego y la tiranía por el gobierno, hay que rescatar las figuras de Raúl Eduardo Mahecha, María Cano, Luis Tejada, Manuel Quintín Lame, Tomás Uribe Márquez, también la Revolución Bolchevique del Líbano, la toma de Tierras por parte de los campesinos de ANUC (en las que participó el propio Fals), los resguardos indígenas del Cauca y de Nariño, las comunidades de Paz, etc. Es decir, la construcción de ese *quinto orden* (pues no hay quinto malo dicen los abuelos) debe tener presente todas estas “manifestaciones de las formas de vida del socialismo que queremos. Son *experiencias acumulativas* que los pueblos podrán recordar y revivir con esperanza, más aún *si las universidades ayudan en este patriótico empeño*” (Fals Borda, 2010a, p. 333).

En tercer lugar, el Socialismo raizal está basado en tres *principios*: el de endogénesis que implica el aprovechamiento de las fuerzas mismas que van creciendo dentro de un sistema, desechando las opciones provenientes de la filosofía liberal-conservadora euro-americana soporte del capitalismo y que lo ha llevado a la entropía actual. De esta forma endo-genética se combaten las utopías “idolátricas de occidente e imitativas de todo lo norteamericano” (p. 325). El segundo principio es el *contextual*, el cual sostiene que los marcos de referencia que guían la investigación, la inferencia y la práctica humanas “*se inspiran y fundamentan en contextos geográficos, culturales e históricos concretos de la sociedad y el medio que lo produce*”, tal como sostuvieron Fals y Mora Osejo en su texto *La superación del eurocentrismo* (2010). Así se permite luchar contra el *complejo de inferioridad* o lo que Fernando González Ochoa, el pensador antioqueño, llamaba “el complejo de hijo de puta”; también dejaremos de ser “genios de las nalgas” (copiadores) y valoraremos mejor lo propio, entre otras cosas, reconoceremos nuestros aportes al mundo occidental (González, 1936). El tercer principio se refiere al *trópico* que incluye lo amazónico y selvático de esa zona, las montañas, los páramos andinos, las áreas costeras y los mares. Allí han permanecido “*valores esenciales vernáculos que vale la pena investigar y retomar para buscar equilibrios que aminoren la entropía capitalista actual*” (Fals Borda, 2010a, p. 328).

Un cuarto aspecto importante del Socialismo raizal tiene que ver con que Fals reivindicó varios grupos y sus *valores esenciales*. Ellos son: los indígenas y sus valores comunitarios y filantrópicos, la producción colectiva, el intercambio de brazos, los resguardos, mingas, los valores altruistas, el respeto por la naturaleza, valores que aún sobreviven al mundo capitalista egoísta; el segundo grupo son los negros en palenques o libres y el valor que le dieron a la *libertad*; el tercero, *los campesinos hispánicos que trajeron sus valores anti-señoriales, de dignidad política y personal* y, por último, los valores de los colonos que poblaron regiones alejadas, ocupando baldíos, explorando ríos, selvas, etc., lejos de las autoridades y los ejércitos, reivindicando así la auto-organización, la convivencia pacífica, la autonomía y el autogobierno (cf. Fals Borda, 2010a).

Esto indica que el Socialismo raizal tiene una conexión con el pasado, pues aprende de su historia, sus luchas y toma de él los valores que pueden servir para construir la sociedad del futuro, esto es, para construir la utopía. No es pues una *nostalgia* romántica por el mismo como podrían pensar Gayatri Spivak o, entre nosotros ciertos posmodernos foucaultianos.

Un quinto aspecto de la utopía de Fals Borda que quiero subrayar tiene que ver con sus preocupaciones desde los años ochenta por el problema del orden territorial colombiano. Para Fals Borda, en Colombia se había impuesto una organización político- administrativa por departamentos que nada tenía que ver con las realidades geosocioculturales. Era una división abusiva del país que desconocía la identidad de las poblaciones y comunidades y que daba origen a conflictos entre municipios, entre éstos y las regiones, con los indígenas, etc. Había que reorganizar el país atendiendo a la identidad y al pasado, al acceso a los recursos, etc., de la población. No utilizar, por ejemplo, los ríos como elemento separador- tal el caso del Magdalena- sino como integrante y comunicador de ciertos pueblos. En esto, él fue pionero en Colombia y buscó que el mandato de la Constitución de 1991 se hiciera realidad. Esto permitía un mayor dinamismo de la administración, una mayor *participación* de los pueblos en los entes nacionales y en la solución de sus problemas y sus necesidades, a la vez que significaba una lucha contra el abuso de poder, la corrupción política y administrativa, las soluciones autoritarias, el centralismo asfixiante. De ahí su propuesta de un ordenamiento territorial que atendiera las necesidades de los grupos raizales, indígenas y población en general (Fals Borda, 2010a).

Así las cosas, propuso crear una “República Regional Unitaria” o, de hecho, una nueva “Segunda República” o “Gran Colombia” (Fals Borda, 2008), una especie de “federalismo libertario” no basado en fronteras artificiales y que no fuera un revivir el federalismo nuestro del siglo XIX y sus soberanías estatales; propuso un *neofederalismo* que realizara la descentralización, y la autonomía, diera campo a la *democracia directa y pluralista con “participación cultural, económica y social desde las bases, [promoviendo] la construcción de contrapoderes populares”* (Fals Borda, 2010a, p. 222). Así las cosas, la democracia se construía desde abajo hacia arriba y desde la periferia hacia el centro, tal como lo recuerda Gerardo Molina en su libro *Las ideas socialistas en Colombia* (1988).

Un sexto y último aspecto del pensamiento político de Fals Borda tiene que ver con el papel de los movimientos sociales. Fals Borda los estudió en Colombia y en América Latina y subrayó sus limitaciones, así como sus logros. Resaltó de ellos el hecho de su organización, sus dinámicas horizontales, sus prácticas. Esto lo llevó a criticar los partidos políticos tradicionales, su organización vertical y jerárquica, sus cuadros, su dogmatismo, su fácil cooptación por el sistema. Sin embargo, a pesar de ser crítico de los partidos, entendía la necesidad de que los movimientos trascendieran sus demandas particulares y lucharan contra los problemas estructurales del país y de las frustraciones históricas como la desigualdad, el problema de la tierra, la violencia, la corrupción política, etc. Sólo así se superaba la “República colonial” de la que habló entre nosotros Rafael Gutiérrez Girardot (2012). Por lo demás, los movimientos sociales son fundamentales en el proceso de construir una democracia real, directa, participativa, incluyente y pluralista (Fals Borda, 2010b) y, además, permiten coordinar fuerzas nacional, continental y mundialmente para luchar contra el poder imperante, *para luchar contra los efectos nocivos de la globalización*.

Conclusiones y comentarios

La obra de Fals Borda se inició en los años 50s, justo cuando se daba la crisis de la conciencia europea y cuando, correlativamente, se producían grandes convulsiones teóricas en las ciencias y la filosofía, verbigracia, la segunda generación de la Escuela de los *Annales*, la historia *desde abajo*, los *estudios sulbarternos*, los *estudios poscoloniales*, el estructuralismo, la teoría de los *paradigmas* de Thomas Kuhn, la filosofía posmoderna francesa. En América Latina coincidió con el surgimiento de las ciencias sociales críticas, la teoría de la dependencia, la nueva historiografía de José Luis Romero, la teología de la liberación y la filosofía de la Liberación, así como la sociología auténticamente latinoamericana planteada por Camilo Torres Restrepo en 1961. A este panorama intelectual se le debe sumar los desarrollos propios en Colombia

con la normalización filosófica, los estudios de Nieto Arteta, López de Mesa, Antonio García, Gerardo Molina y Mario Arrubla, entre otros. Todo este es el ambiente cultural en el que toma cuerpo la sociología comprometida de Fals Borda.

Es este ambiente el que le da la impronta a la obra de Fals Borda, a sus preocupaciones, a sus métodos, a sus intereses. La preocupación por una sociología latinoamericana, la crítica del colonialismo intelectual, el llamado a superar el complejo de inferioridad y a ser *creativos*, la crítica de la trasplatación teórica de conceptos de las ciencias euroamericanas a realidades con historia, formaciones y estructuras sociales tan diferentes como las latinoamericanas, su crítica del eurocentrismo y de las políticas culturales, científicas y tecnológicas imperialistas, etc., son preocupaciones que también ocuparon a las distintas disciplinas latinoamericanas de la época. Por ejemplo, de la filosofía. En esta disciplina se venía criticando la dominación (Augusto Salazar Bondy), el colonialismo intelectual, había una preocupación fundamental por la “filosofía propia” y se hablaba de la necesidad de producir un pensamiento propio. Fals Borda y la filosofía de la época confluyen en su utopismo de los años 60 y en el problema de la *identidad*, así como la propuesta siempre presente de la necesidad de la integración de América Latina como respuesta al imperialismo anticomunista de Estados Unidos. Fals asumió la utopía y construyó su propia dialéctica de la historia de Colombia, de manera parecida como Leopoldo Zea planteaba su filosofía de la historia de toma de conciencia del continente latinoamericano.

Hay que decir que Fals Borda construyó una teoría social rigurosa, universal y en diálogo con el pensamiento norteamericano y europeo, pero le dio la impronta propia. Es admirable su gran capacidad creativa de conceptos, y su uso ajustado a las realidades que investigó empírica e históricamente. Eso fue lo que le dio el puesto que hoy tiene en la sociología mundial como intelectual auténtico, crítico y creativo del Tercer Mundo. Fals Borda demostró, como lo sugirió Darío Botero Uribe (2007) más recientemente que la universalidad se alcanza con el rigor, la profundidad del análisis, la especificación teórica de una realidad propia y su expresión, esto es, que “Sólo profundizando en nuestra identidad alcanzaremos la universalidad concreta” (p. 151).

No creo que hoy se trate de “superar la sociología del Fals Borda” como pensaba Rafael Gutiérrez Girardot (2009), sino de acoger sus aportes y complementarlos cuando sea necesario. Es claro que, a posmodernos y críticos de la identidad y la integración latinoamericana, una obra como la de Fals Borda los pueda incomodar. Pero creo que, en ese caso, la incomodidad se debe más a la falta de comprensión de su largo trabajo metodológico, no sólo de archivo, sino empírico-teórico, su inmersión en las regiones, en el profundo conocimiento que tenía del país. A un crítico de la identidad- cuando no conoce el país- le queda muy fácil decir que el mundo está homogenizado por la globalización, pero para quien se sumerge en la realidad, en las comunidades indígenas, en los pueblos, etc., es claro que aún perviven valores y que la gente no ha perdido ciertos rasgos culturales que los definen y los orientan vitalmente, así la tendencia sea la homogenización. De ahí que la propuesta participativa, democrática, no dogmática y pluralista de Fals Borda abogaba precisamente a un proyecto contra-hegemónico, alternativo, intercultural, para hacer frente al capitalismo global y a la unificación cultural del mundo y el arrasamiento de los recursos y las formas de vida. Es ese proyecto- que a mi parecer no fue nada ingenuo- el que hay que valorar para seguir reconociendo los aportes de Fals Borda.

El pináculo de todo su trabajo fue la utopía del socialismo raizal, un socialismo que recogía el trabajo de campo, el cambio inducido, el concepto de subversión, de orden social, ciencia propia y comprometida, IAP, la participación, el reordenamiento territorial, etc.; una *utopía síntesis* producto de más de medio siglo dedicado a la sociología auténticamente latinoamericana.

Referencias bibliográficas

Adorno, T. (1970). Cuestiones de Metodología sociológica. *Revista Eco*, 126, 561-572.

Botero Uribe, D. (2007). *Manifiesto del pensamiento latinoamericano*. Magisterio.

- Cruz Rodríguez, E. (2012). Subversión, Investigación-Acción- Participativa y Socialismo raizal: vigencia de la utopía en el pensamiento de Orlando Fals Borda. *Revista Izquierdas*, (14), 126-150.
- Dube, S. (1999). *Pasados poscoloniales*. El Colegio de México.
- Fals Borda, O. (1967). *La subversión en Colombia. Visión del cambio social en la historia*. Universidad Nacional de Colombia y Tercer Mundo Editores.
- Fals Borda, O. (1970). El problema de la autonomía científica y cultural en Colombia. *Revista Eco*, 16(126), 600-627.
- Fals Borda, O. (1971). *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Oveja Negra.
- Fals Borda, O. (1978). Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla. En Simposio Mundial de Cartagena, *Crítica y política en ciencias sociales* (pp. 209-249). Punta de Lanza-Universidad de Los Andes.
- Fals Borda, O. (1982). *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Carlos Valencia Editores.
- Fals Borda, O. (1998). *Participación popular: retos del futuro*. ICFES, IEPRI, COLCIENCIAS.
- Fals Borda, O. (2002). ¿Dónde estaría Camilo hoy? En *Camilo Torres y la Universidad Nacional de Colombia*. Universidad Nacional.
- Fals Borda, O. (2003). El reto del gran partido de izquierdas colombianas. Reiteraciones ante las reformas políticas de 2003. En *¿Por qué el socialismo ahora? Retos para la izquierda democrática*. Fundación Nueva República.
- Fals Borda, O. (2008). Globalización y segunda República, en: *Cuadernos del pensamiento crítico latinoamericano*, número 10, Buenos Aires: CLACSO.
- Fals Borda, O. (2010a). *Antología Orlando Fals Borda*. Universidad Nacional de Colombia.
- Fals Borda, O. (2010b). *Antología de Orlando Fals Borda*. Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Fals Borda, O. y Mora Osejo, L. (2010). La superación del eurocentrismo. En *Antología de Orlando Fals Borda*. Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Foucault, M. (2008). *Un diálogo sobre el poder*. Alianza Editorial.
- González, F. (1936). *Los negroides*. Editorial Bedout, S. A.
- Gramsci, A. (1967). *La formación de los intelectuales*. Editorial Grijalbo, S. A.
- Gutiérrez Girardot, R. (2012). Estratificación social, cultura y violencia en Colombia. En D. Pachón Soto (comp.), *La identidad hispanoamericana y otras polémicas*. Universidad Santo Tomás.
- Gutiérrez Girardot, R. (2009). El partido liberal está en crisis permanente. *Revista Babel*, 11, 3-14.
- Jaramillo Salgado, D. (2010). El socialismo raizal de Fals Borda. *Revista Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 31(102), 25-36.

- Molina, G. (1988). *Las ideas socialistas en Colombia*. Tercer Mundo Editores.
- Moncayo, V. (2009). Fals Borda: hombre hicoitea y sentipensante. En *Orlando Fals Borda (1925-2008): Una sociología sentipensante para América Latina*. CLACSO y Siglo del Hombre Editores.
- Pachón, D. (2011). Tradición y colonialismo intelectual en América Latina: A propósito del Bicentenario de nuestra Independencia. En *Filosofía, cultura y sociedad*. Universidad Santo Tomás.
- Rojas, J. (2010). Sobre la fundación de la sociología en Colombia. En *Antología*. Universidad Nacional de Colombia.
- Torres, C. (2002). *Camilo Torres y la Universidad Nacional de Colombia*. Universidad Nacional.
- Weber, M. (2001). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu.